

LA TENTACION "MONISTA"

ALGUNOS temas científicos y tecnológicos, y casi desde el principio de la "occidentalidad" —que tal vez pueda fijarse en los bellos días de la Grecia presocrática—, están siempre condicionados por la sospecha ética. ¿Es lícito hacer todo lo que puede hacerse?

Hace unos años, en la Universidad John Hopkin's, de Baltimore, conversé largamente con el profesor Owsei Temkin, un veterano, clarividente y fino historiador de la Medicina. Me contó, entre otras muchas cosas, la ya vieja y terrible historia de los médicos alejandrinos Heráclides y Erasistrato (que no era el filósofo), unos doctos y honrados caballeros que no tuvieron empacho alguno al hacer disecciones anatómicas en los cuerpos, vivos, de algunos condenados a muerte. Temkin me hizo ver que, para explicarse aquella barbaridad, no es necesario apelar al sentido de la conciencia que pudo haber sido común en aquellos tiempos. Basta con aceptar un hecho actual y aterrador: en el propio talante científico, empeñado estrictamente en la búsqueda de la verdad, hay una inequívoca llama

ada a la libertad sin barreras. La duda metódica es consustancial con la actividad científica, pero la duda ética es un añadido anecdótico. Procede de otros ámbitos, de la educación religiosa en buena parte, del desarrollo del Derecho en algunas instancias, de la fe poskantiana en aquel "imperativo categórico" que antiguamente nos explicaban en la escuela.

Ahora, estos días, la sospecha acude a nuestra mesa a través de la vasta información del mundo. No está tan claro que el crecimiento de la tecnología nuclear deba ser desprovisto de frenos; nos parece mal que se hagan experimentos con fetos humanos vivos conseguidos por abortos; se pone en tela de juicio la técnica de los "placebos" para determinar la eficacia de una nueva droga; se discute hondamente la validez de la eutanasia; se teme que la informática llegue a sustituir con ventaja a la Policía; hay que pegarse por la calle para discutir el aborto mismo; nos preocupan los cada día más sutiles conocimientos genéticos. Y, sin embargo, la tendencia es universal: una buena parte de nuestro



Ernst Heinrich Haeckel.

mundo trata de aniquilar las dudas imaginando la historia humana como una infinita y formidable llanura sobre la cual tenemos el derecho y la obligación de cabalgar, pase lo que pase.

Pero tengo la impresión de que el debate no es moral: es político, en el mejor sentido de la palabra. Se trata, me parece, de que la sociedad misma, nosotros, los legos, hemos de conseguir que los científicos y los administradores de la ciencia nos permitan parti-

cipar en las decisiones que nos atañen, tengamos o no razones suficientes y saberes bastantes para juzgar. Son estas cosas las que me han recordado a los "monistas".

La que fue llamada Alianza Monista nació en Alemania alrededor de 1860 y su influencia se extendió hasta los años de la guerra europea, por lo menos. En principio, fue un movimiento darwinista, pero sus apóstoles derivaron inmediatamente hacia un evangelio reformador, social, de gran amplitud. Liberales en su base, los monistas trataron de difundir en toda Europa un credo progresista muy extenso, que abarcaba desde una profunda revolución agraria e industrial hasta la legalización total del aborto, la eutanasia, la enseñanza escolar laica y la dignificación de la mujer. Creían en la unidad básica del mundo: cada fenómeno natural no era sino parte de una operación fundamental. Entendían que la ciencia —como yo mismo creo y he dicho un poco más arriba— es "propiedad de todos". Divulgaron difíciles conceptos científicos, que en buena parte llegaron a ser patrimonio cultural de la clase media alemana y británica, aunque en Gran Bretaña su influencia fue paralela a la ejercida por los brillantes Fabianos. Eran pacifistas y se esforzaron por denunciar ante su país, ya en la década de los veinte, el peligro creciente del nacionalsocialismo. También eran gente de gran categoría intelectual. Yo sólo he leído dos textos fundamentales del "monismo": "Fuerza y Materia", de Ludwig Büchner, y "Enigmas del Universo", del gran Ernst Haeckel; ambos dan testimonio de una actitud noble y profunda ante los hombres y las cosas. Ya ven ustedes, pues, que podríamos contar con los "monistas" hoy para apoyar históricamente todos los afanes de liberación y crecimiento de nuestro país.

Pero el destino de las ideas monistas iba a ser muy otro. En 1933, el nacionalsocialismo había destruido el espíritu liberal de la clase media alemana y de grandes sectores de la clase obrera. La Alianza Monista se disolvió, en un acto de dignidad suicida. Pero bastó esa muerte para que los propios nacionalsocial-

La filosofía de la biología

EL título de esta nota es el de un buen libro de Michael Ruse, recién publicado en castellano. No sé a quiénes interesará más, si a los biólogos o a los filósofos, aunque tengo la impresión de que éstos lo necesitan más que aquéllos. El propio autor dice que entre ambas sectas científicas hay una "tierra de nadie", a veces, en realidad, una trinchera infranqueable en cuyo fondo se mueven los bichos de la suspicacia y la ignorancia. "Los filósofos —dice— construyen castillos sin base científica, mientras los biólogos luchan en batallas que los filósofos ganaron hace más de veinte años". Ya ven ustedes, pues, que se trata, una vez más, de aquellas "dos culturas" del cuento; Michael Ruse hace lo posible por tender un puente más entre las dos orillas de la zanja.

¿Qué será "filosofar sobre la Biología"? Parece, según Ruse, que no resulta tan difícil decidir lo que es "filosofar sobre la Física y la Química" o, desde luego, sobre las Matemáticas, que son en sí mismas la mera Filosofía. Las ciencias físicas contienen enunciados de dos tipos: postulados apriorísticos, necesariamente ciertos, y enunciados empíricos, comprobables. Las técnicas filosóficas se acomodan bien a ese esquema. Pero con la Biología ocurre algo bien distinto. En primer lu-

gar, no es posible postular enunciados apriorísticos: no hay principios teóricos indiscutibles. La Física se ocupa de entidades teóricas, no directamente observables (moléculas, funciones...), pero la Biología deambula por un campo en el que se observa todo. Es, pues —al menos esencialmente—, una ciencia inductiva.

Con esa idea como eje, Ruse ha recorrido una ruta de hallazgos biológicos concretos para inducir principios: la genética mendeliana, la genética de las poblaciones, la teoría de la evolución... Con una intención que, desde luego, no oculta a lo largo de las páginas: contribuir a la desaparición de la Biología como disciplina autónoma, en contra de los "organicistas", que tratan de mantener alzados los muros.

Es un libro difícil, porque nadie ha inventado todavía la manera de hablar y de escribir con la precisión y sencillez como se piensa. Y es un libro para especialistas, aunque no se sabe bien para qué especialistas. A mí me parece que los filósofos, que deberían ser los lectores más apasionados, no conocen este lenguaje. Pero siempre puede ocurrir que lo entiendan los biólogos y consigan, así, un instrumento que les sirva para filosofar. ■